

Las raíces medievales de Europa

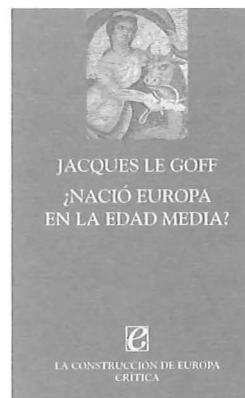
Antoni Furió

Quizá el mejor acierto de este nuevo libro de Jacques Le Goff, *¿Nació Europa en la Edad Media?*, reside después de todo en su oportunidad. En el hecho de que su publicación –simultánea en cinco lenguas diferentes, dentro de la colección «La construcción de Europa», surgida de la iniciativa conjunta de cinco editoriales europeas de referencia, como Beck de Munich, Basil Blackwell de Oxford, Crítica de Barcelona, Laterza de Roma y Bari y Le Seuil de París, e impulsada y coordinada por el mismo Le Goff– coincida con la reciente ampliación de la Unión Europea y los debates sobre la inminente Constitución europea. Un proyecto constitucional polémico, que defrauda las expectativas de los más europeístas, aquellos que vienen años soñando con una Europa europea, sin fronteras internas o por encima de ellas, una Europa de los pueblos y las regiones, de las ciudades y los ciudadanos, por encima o por debajo del ya obsoleto corsé del Estado nacional, y que no pueden dejar de sentir una cierta desazón, una inquieta aprensión, ante el reforzamiento de los Estados y su protagonismo exclusivo y poco generoso en el proceso de construcción europea. Y un proyecto también que irrita a los más antieuropeístas, a los más hostiles a la idea misma de Europa, reacios a ceder ni un ápice de soberanía nacional y que consideran una traición cualquier avance en este sentido.

Para muchos de ellos, euroescépticos ingleses que en los días de niebla siguen pensando que es el continente el que ha

quedado aislado, republicanos franceses supurando chovinismo por las costuras, españoles nostálgicos de los viejos tiempos franquistas o de los más añejos aún de la Reconquista, sus respectivas naciones, lo único realmente importante, eternas, inmutables, indestructibles a lo largo de los siglos, se remontarían hasta el segundo día de la Creación. ¿Y Europa? ¿Hasta dónde se remonta Europa? ¿Es más antigua o más reciente que los países, estados, naciones,

pueblos o regiones que la componen? ¿Cuándo nació realmente Europa? ¿En los días posteriores al Diluvio Universal, cuando los hijos y nietos de Noé se dispersaron para repoblar el mundo y a Jafet le cupo en suerte la vieja Europa y a su hijo Tubal la no menos antiquísima España, como vienen gloriosando desde hace siglos los intérpretes de la Biblia? Jacques Le Goff está convencido –desde hace muchos años– de que



Jacques Le Goff

¿Nació Europa en la Edad Media?
Crítica, Barcelona, 2003, 234 pàgs.

en la Edad Media, y dedica esta pequeña síntesis histórica –en realidad más un manual de historia medieval que un ensayo histórico– a sustentar, con más datos que razonamientos, tal tesis.

Por otra parte, ¿de qué Europa hablamos cuando hablamos de Europa? ¿De la Europa adscrita al mundo libre de la propaganda occidental en los años de la guerra fría y resguardada bajo el paraguas de la OTAN? ¿De la construida sobre el eje francoalemán, como embrión primero de la CEE y luego de la UE? ¿De la que se desmarca de este eje para reforzar los lazos con Estados Unidos, apoya la intervención norteamericana en Irak y en cualquier otro rincón del planeta y acude a las Azores para escenificar tal apoyo o lo proclama resueltamente en cartas firmadas conjuntamente por los respectivos jefes de gobierno y publicadas en los principales periódicos

de toda Europa? Para Le Goff también en este caso está claro: la verdadera Europa, hoy y en la Edad Media, es francesa, se sustenta fundamentalmente y se entremezcla, se confunde, con la historia de Francia. La historia de Europa, y este libro es buena muestra de ello, es la historia de Francia y la historia de las relaciones de Francia con los restantes países del continente.

Jacques Le Goff es, qué duda cabe, un brillante historiador, tanto por la luminosidad de sus trabajos –algunos de ellos ciertamente soberbios, desde *La civilización del Occidente medieval* o *Los intelectuales en la Edad Media* hasta la más reciente y espléndida biografía de *San Luis*–, como por haber estado expuesto a los focos de los medios de comunicación durante la mayor parte de su vida profesional. Ha ocupado puestos relevantes en la administración, relacionados con la reforma de la enseñanza de la historia en los diferentes niveles educativos, ha escrito numerosos textos sobre el oficio de historiador, sobre las posibilidades y los límites del conocimiento histórico, y muchos más todavía sobre los confines y los contenidos de la Edad Media, sobre su tratamiento historiográfico, sobre su legado cultural e intelectual, sobre su condición de antecedente inmediato o prehistoria absoluta de nuestra contemporaneidad. Y ha administrado, desde su atalaya al frente de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, la herencia de los *Annales*, la más fecunda e innovadora escuela historiográfica que ha dado Francia, que ha dado Europa, en el siglo xx, nacida en torno a la revista homónima fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929 y elevada a sus mayores cimas, de prestigio científico y poder institucional, con Fernand Braudel y sus discípulos en los años cincuenta y sesenta.

Preocupado desde muy antiguo por la práctica de la disciplina (los tres volúmenes de *Faire l'histoire*, en los que junto a

Pierre Nora dirige a una pléyade de especialistas que reflexionan sobre los nuevos problemas, los nuevos temas y los nuevos métodos de la historia, datan de 1974), Jacques Le Goff es el padre de la «nouvelle histoire», de la aproximación e incluso el maridaje de la historia con las restantes ciencias sociales y especialmente con la antropología (*La nouvelle histoire*, dirigida junto con Roger Chartier y Jacques Revel, 1978), autor de diversas síntesis y visiones de la Edad Media (incluido un *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, 1999) y un maestro consumado en el arte del anacronismo, de la sugestiva y habilidosa trasposición al pasado de categorías creadas por y para la cultura contemporánea (con notabilísimos resultados en *Los intelectuales en la Edad Media*, 1957, cuyo título y contenido e incluso la misma idea del libro parece difícil de desligar de los grandes debates del momento sobre la función de los intelectuales). Era, pues, la persona en principio más adecuada para pensar y escribir un libro como éste, ciertamente necesario y urgente, y más aún cuando se trata de una colección concebida y dirigida por él mismo.

Sin embargo, algo no acaba de funcionar. Quizá el autor y el director, el historiador y el ensayista, no han terminado de entenderse, y el lector tiene la sensación de que se trata de una obra finalmente fallida, de un libro mal planteado y peor resuelto, que no era el que realmente se necesitaba y el que Le Goff, el mejor Le Goff, podría haber dado. Maestro de las palabras y de las imágenes brillantes, de las grandes tesis e interpretaciones, Le Goff ha sustituido aquí el ensayo lúcido y penetrante por la síntesis apretada, la acumulación de datos y más datos, de fechas, nombres y acontecimientos, como si temiera dejarse alguno, convirtiendo lo que podría haber sido una reflexión ágil y personal en un exhaustivo y documentadísimo

mo manual escolar. El libro se resiente también de una clara falta de continuidad, de ilación entre los contenidos expuestos, que dan la impresión de haber sido desplegados y de seguirse unos a otros sin otro orden que el cronológico. El lector queda así atrapado en un caleidoscopio de formas bellas y coloristas, sugerentes, cuyo mayor valor reside en su propia belleza, en la fuerza y el brillo con que son narradas, y no tanto en su capacidad explicativa. A veces, y debido al afán del autor de querer abarcarlo todo, de embutir en menos de doscientas páginas todo lo que sabemos de la Edad Media y sobre cualquier aspecto de ella, parece tratarse más bien de una enciclopedia, de uno más de los tantos diccionarios a los que nos tiene acostumbrados Le Goff, pero organizado de forma cronológica en vez de alfabética.

Otros vicios vienen de antiguo, y no sólo son atribuibles al autor: los comparte toda o la mayor parte de la historiografía francesa. El primero, y el más molesto para el lector no francés, la confusión entre Francia y Europa, entre la historia francesa y la europea. Le Goff está convencido –y como él, muchos de sus colegas del hexágono, desde los ya lejanos tiempos de los cronistas de la abadía de Saint-Denis, empeñados en adjudicarle unos orígenes esplendorosos a la dinastía capeta– de que Carlomagno fue un emperador francés, al igual que la mayor parte de su imperio. O como mucho, francoalemán, anticipando en mil doscientos años el eje sobre el que se construye la Europa actual. Le Goff, a pesar de ser consciente de que escribe también para millares de lectores no franceses –no en vano es él mismo el director de la colección y el padre de la idea–, prescinde olímpicamente de los países situados más allá del perímetro central carolingio o minimiza displicentemente su aportación a la construcción europea. Por ejem-

plo, la Hispania visigoda, probablemente la monarquía germánica que mejor encarna el legado de Roma y a la que tan sólo se refiere para atribuirle el dudoso honor de ser la cuna del antisemitismo –«La España visigótica fue una excepción al ser la realeza y el episcopado los artífices de una violenta legislación antijudaica que cabe considerar como el origen del antisemitismo» (pág. 77)–, silencianando en cambio su contribución, ésta sí capital, al renacimiento cultural carolingio, al inundar todos los monasterios del otro lado de los Pirineos de monjes instruidos y tesoros bibliográficos que escapaban de la invasión musulmana del 711. (Por cierto, que sorprende el uso sistemático y a todas luces anacrónico del término «españoles», en vez del mucho más adecuado de «hispanos», sobre todo cuando no utiliza nunca la designación de «ingleses», sino la más apropiada de «anglosajones»). Ni una palabra tampoco para al-Andalus, que sin embargo parece haber jugado un papel relevante en la revitalización económica y cultural de Europa –en la reactivación de los flujos monetarios, en la transmisión de saberes filosóficos y científicos, rescatados del mundo clásico, grecorromano, o traídos de Oriente–, ni a los reinos cristianos surgidos en el norte de la península. Apenas merecen mayor atención la conquista normanda de Inglaterra, un hecho mayor en la historia y en la historiografía de las Islas Británicas, o la decisiva contribución de los monjes irlandeses a la evangelización de la Europa continental.

Más allá del centro –de la Francia carolingia y capeta, del corazón de la Europa feudal ubicado entre el Loira y el Rin– se extienden las periferias. Le Goff lo declara abiertamente al encabezar un epígrafe menor del libro con el título de «Las periferias de la Europa feudal». Allí pasa

revista de manera formularia y esquemática, también desganada, a lo que no encaja en la línea central del guión: Irlanda, Bretaña, Castilla, Sicilia, Hungría, Bohemia, Polonia, Dinamarca, Noruega y Suecia. Apenas un par o dos de líneas a cada uno, en menos de dos páginas en total, para dar cuenta de algunos reinados y algunos hechos sobresalientes, militares o religiosos, inconexos e inexpressivos en su desnudez, y para concluir lo que, aunque referido a Escandinavia, piensa el autor de todas estas periferias: «Aunque la conversión al cristianismo ofrecía posibilidades de acceder a una cultura superior (escritura, conocimiento del latín) que se adquiriría en escuelas en el extranjero, en Hildesheim en Alemania, en Oxford en Inglaterra y sobre todo en París, los países escandinavos, sin embargo, se mantuvieron arcaicos y marginales dentro de Europa». Ni una palabra, tampoco, en este apresurado recorrido, para Cataluña o la Corona de Aragón (ni ahora ni más adelante, al hablar de la Europa de los comerciantes; tan sólo al final del libro, para referirse al matrimonio de los Reyes Católicos y lo que constituía «una promesa de unificación para España», pág. 162), cuya importancia histórica e interés historiográfico son aún menores que los de los «arcaicos y marginales» países escandinavos. Le Goff parece tener siempre presente la Europa de los estados, ver la Europa medieval a través de la Europa de hoy, y no al revés. Quizá sea eso lo que explica que la desproporcionada disimetría en el reparto de protagonismos y atenciones.

Resulta igualmente sorprendente —y más tratándose de Le Goff y de la escuela historiográfica a la que pertenece— el peso en el libro de lo político y lo «eventual», de los reinados y los sucesos, algo precisamente contra lo que se levantaron los fundadores de *Annales* y sus discípulos, y el mismo autor en libros ante-

riores. Es posible que en ello haya pesado el fracaso de las reformas escolares de los años setenta y ochenta, inspiradas y tuteladas por el propio Le Goff, y su actual repliegue a favor de la cronología, de los nombres propios y el tiempo corto como forma de anclar la materia histórica. (Es en ese sentido en el que antes me refería a que, más que ante un ensayo personal, nos encontramos ante un manual escolar, y un manual escolar bastante tradicional, plagado de nombres y fechas). Sorprende menos, en cambio, por lo que ha sido su trayectoria historiográfica última, la escasa relevancia que concede a los hechos económicos, en comparación al menos con los culturales, los religiosos y los referidos en general a las mentalidades. Cobran mayor espacio, en efecto, el diablo, los fantasmas, los aparecidos, las supersticiones o el amor cortés que, por ejemplo, el progreso agrario o el encelulamiento social. Pero incluso aquí, en su propio terreno, las debilidades superan a los aciertos. Reduce a sus aspectos más anecdóticos —la cortesía, las buenas maneras— las sugestivas aportaciones de Norbert Elias en *El proceso de la civilización*; banaliza igualmente la contribución de Norman Cohn sobre «los demonios familiares de Europa» o la de Robert I. Moore sobre la persecución de los disidentes; e ignora —no aparecen citados ni en la bibliografía final— los estudios de Georges Duby y Jack Goody sobre el matrimonio y la familia. El contraste no puede ser mayor con *La formación de Europa* de Robert Bartlett, una obra fresca y sugestiva, desbordante de ideas, publicada diez años antes y ampliamente citada aquí por Le Goff, que a pesar de ello no parece sacarle ningún provecho.

A todo lo anterior habría que añadir aún, aunque ya no sea responsabilidad del autor, increíbles e inexcusables errores de traducción, como «ario» por arriano, «ca-

retta» por arado, «corral» por corte (en el sentido de centro de la reserva señorial, la *curtis*), «oficios» por gremios, y, sobre todo, nombres propios que de manera un tanto chocante se han dejado en francés cuando existe un claro equivalente en castellano: Odoacre (Odoacro), Romulus Augustule (Rómulo Augústulo), Denys el Pequeño (Dionisio el Exiguo), Aix-la-Chapelle (Aquisgrán), Meuse (Mosa), San Etienne de Hungría (San Esteban), el papa Etienne II... Errores que una mayor atención editorial o una simple revisión del texto habrían permitido detectar y corregir.

Con todo, Le Goff continúa siendo Le Goff, un historiador de fuste, sólido y brillante al mismo tiempo. Y lo es desde la misma introducción, posiblemente lo mejor del libro y un indicio de lo que podría haber dado de sí con otro planteamiento. Por ejemplo cuando apunta que Europa construye y afirma su identidad frente a los otros, frente a Bizancio y el Islam en la Edad Media. (¿También hoy? ¿Frente –todavía– al Islam y frente a Estados Unidos? ¿Qué es Europa, más allá de su expresión geográfica? ¿Incluye o puede incluir también a Turquía?). Cuando recuerda que todas las tentativas por construir una Europa dominada por un pueblo o por un imperio –desde Carlomagno a Carlos V, Napoleón o Hitler– se han saldado con fracasos. Las suyas no eran sino anti-Europas, empeños unitaristas para lo que es, ante todo, diversidad, pluralidad. Cuando nos descubre que el término mismo de Europa se utilizaba, incluso en la Alta Edad Media, más a menudo de lo que se cree, y no sólo como mera denominación geográfica, sino como la expresión de un sentimiento de identidad colectiva, sinónimo o equivalente al de cristiandad y, quizá con mayor precisión, al de cristiandad latina. Cuando sugiere que tan importante y decisiva es la realidad como su representa-

ción, y que, en el caso de Europa, ambas se gestaron en la Edad Media, motivo central en apariencia de todo el libro.

Un libro absolutamente necesario, aunque quizá, finalmente y después de lo dicho, más en la intención que en los resultados. Europa, la Unión Europea, se está construyendo paso a paso –demasiado rápidamente para unos, de forma exasperadamente lenta para otros–, con la moneda única, con la política agraria común, con el banco central, con la supresión de fronteras y aduanas internas, con la movilidad de profesores y estudiantes, con equipos y proyectos de investigación supranacionales..., pero sigue siendo un coloso burocrático con frágiles pies de barro en el terreno de la identidad y el autorreconocimiento, de la memoria histórica compartida, de una memoria crítica más allá de los tópicos de las respectivas historias nacionales, enfrentados unos a otros y origen de no pocas violencias y conflictos bélicos internos. Durante el último siglo y medio Europa no ha dejado de vivir guerras de historia, guerras en nombre de la historia, en nombre de destinos históricos frustrados, de pasados enfrentados, atizadas con frecuencia y alimentadas por los propios historiadores. Como la que enfrentó a Alemania y Francia casi ininterrumpidamente desde 1870 a 1945, o la más reciente de los Balcanes, en la que se disputaban territorios y hegemonías étnicas y religiosas en nombre de sucesivos estratos de historia en un palimpsesto que se reescribe continuamente. Europa, en definitiva pura geografía, es también producto de sucesivos y contradictorios estratos históricos (como los que componen igualmente la historia de España, hecha de fragmentos o capas susceptibles de ser reivindicados unilateralmente y aun de forma enfrentada en función de proyectos políticos actuales o futuros: los ocho siglos

de presencia musulmana ininterrumpida, la diversidad estatal y nacional de la baja Edad Media, el modelo confederal de los Austria, el unitarismo borbónico, la construcción de la nación española en el siglo XIX, el surgimiento de los nacionalismos periféricos...). Alemanes y franceses han avanzado considerablemente en el terreno de la reconciliación y la desmovilización –en términos militares– de la historia, en la desactivación de su potencial explosivo, en la aceptación crítica de su propio pasado común. Pero en este campo aún queda mucho por recorrer: en los Balcanes, en las relaciones de Alemania con sus vecinos orientales, en el interior de los propios estados nacionales...

Europa es ante todo un proyecto de futuro, pero un proyecto –o una realidad a medio hacer, en construcción– que hunde sus raíces en su pasado histórico, en el más cercano y el más remoto. Y en primer lugar –ni que sea tan sólo por puro orden cronológico– en la Edad Media, la época en que Europa, según Le Goff, se gestó como realidad y como representación. Unos, los curas y no pocos políticos católicos, creen que en esa gestación el cristianismo tuvo un papel decisivo y desearían que así quedara reflejado en el preámbulo de la futura Constitución europea. Otros, en cambio, se inclinan por una influencia más multifactorial, más plural, en la que intervinieron muchos otros elementos, de orden económico, social, político, cultural y religioso. El libro de Le Goff está lleno de pistas y detalles sobre estas influencias, sobre los diversos ingredientes que confluyeron en la formación de Europa, un verdadero ejercicio de erudición y manejo inteligente de datos positivos y tesis sugerentes, presentados de forma sumaria pero ágil y atractiva. Está escrito, por otra parte, para cubrir una necesidad real de memoria, para contribuir

a dotar al proceso de construcción europea de un mayor espesor histórico, de unas raíces más antiguas y profundas, y para interesar en él a un público lector más amplio, a una ciudadanía europea que empieza a emerger por encima de las fronteras nacionales, que no limita los beneficios de la unión a sus ventajas monetarias o económicas en general, y que aspira a compartir en común un mismo pasado histórico. Le Goff es uno de los historiadores europeos que con mayor entusiasmo han emprendido la tarea y este libro, aun con todas las reservas expuestas, contribuye eficazmente a tal objetivo y ofrece suficientes elementos al lector para reflexionar sobre el hoy y el mañana de Europa a partir de un mejor conocimiento de su ayer medieval. La inmigración masiva –como la de los pueblos germánicos, o la de los colonos cristianos establecidos en tierras arrebatadas a los musulmanes de al-Andalus–, las formas del matrimonio y la familia, las relaciones entre Iglesia y Estado, los sentimientos nacionalistas, la unificación monetaria, la economía-mundo, las nuevas tecnologías, la educación y el papel de las universidades y tantos otros de los argumentos desplegados en este libro no quedan sólo en el terreno de la mera curiosidad retrospectiva sino que constituyen problemas acuciantes de nuestro presente más inmediato.

Antoni Furió es profesor de Historia Medieval de la Universitat de València